

Los Nuevos

REVISTA DE ARTE, LETRAS Y MÚSICA



SUMARIO

Los poetas modernos españoles. — Columpios, Carnaval en el Cielo: I. del Vando Villor. — Vendimiadora de corazones: Ramón Goy de Silva. — Puerto Chico, Bailarina: Gerardo Diego. — Intenciones: Federico Morador. — Paisaje, El Mar, Las tres últimas palabras: I. Pereda Valdés. — Meditando: Laura Jorquera. — Discurso pronunciado por Washington Paulhier el 12 de Octubre en el Teatro Solís. — La Couronne Splendide: Marcelle Auclair. — Mis Manos: José Gabriel. — Andrés H. Lerena Acevedo: José M. Arocena Blanco. — Nocturno: Juan C. Bernárdez. — Hoy es tu cumpleaños: Mario E. Crespi. — La Mendicante: Ophelia Calo Berro. — La fragancia en la página: Carlos Benvenuto. — Sonfollano del mar: Manuel Galvez. — Lamentación: Miriam Elim. — Madre España: Carlos López Rocha. — Al Soneto: Julio Raúl Mendilaharsu. — Llovizna: Marcos Muniz. — La Vieja Máquina: Victor Bonifacio. — Bibliográficas: El Cántaro Fresco de Juana de Ibarbouro. — Anunciación de Renato Monastier. — Herencia Mental: H. Rizzo Sienna. — Sección Musical: Artistas Españoles. — Y va de cuento... — El abanico de Lady Windermere. — Ricardo Vilés. — Salomé. — La Unión Ibero Americana. — Mesa de Redacción.

EDITORIAL "LOS NUEVOS"

YAGUARÓN, 1519

MONTEVIDEO — 1920

AÑO I — N.º V

LOS NUEVOS

REVISTA de ARTE, LETRAS y MÚSICA

Redacción y Administración: Montevideo

PRECIOS:

Anualidad adelantado	\$ 5.00
Semestre	3.00
Número suelto	0.50
atrasado	1.00

DIRECTORES:

F. MORADOR y OTERO E I. PEREDA VALDÉS

En *LOS NUEVOS* han colaborado: Juana de Ibarbourou, Fernán Silva Valdés, Delfina Bunge de Gálves, Fernández Moreno, Alfredo R. Bufano, Cifuentes Sepúlveda, J. Lagos Lisboa, César A. Rodríguez, Marcelle Auclair, Arturo Carbonell Debali, Marcos Muñiz, Aída Moreno Lagos, A. Belisario Calle, Carlos Préndez Saldías, Carlos Rodríguez Pintos, Carlos Roosen Regalía, Jules Supervielle, Ophelia Calo Berro, Félix B. Visillac, Luisa Luisi, Antonio Talavera, Laura Jorquera, José Gabriel, Juan C. Bernárdez, J. M. Arocena Blanco, Miriam Elim, Julio R. Mendilaharsu, C. López Rocha, Víctor Bonifacio, y traducciones expresamente hechas para la Revista de Johannes Joergensen, Guillaume Apollinaire, Camille Mauclair, Charles Vildrac, Teodor de Wizeva, Paul Claudel, Francis Jammes, Paul Gerald, Contesse Mathieu de Noailles, Alphonse Karr, René Perin, Mehemed Sadí, Henry Ottman, Saint Pol Roux, Ernest Hello, Julien Tiersot, André Suarès, Régis Michaud, Georges Vidallena, Lucie Félix-Faure Goyau, Emile Verhaeren, Ada Negri, Albert Dayrolles.

LOS NUEVOS

REVISTA DE ARTE, LETRAS, Y MÚSICA

AÑO I

NÚMERO V

Los Poetas modernos españoles

ISAAC DEL VANDO VILLAR

Efigie.

A los quince años, fuertemente sugestionado por la febril visión de una vida intensa, parte Isaac para Méjico — en un primer deseo de desfloración de musculares energías vírgenes — y en la acogedora tierra de lucha permanece un año desbravando la indómita acometividad de su potro de guerra.

Pero en este ardoroso batallar — en un alto melancólico en el duro camino — como fuerte punzada de dolor, siente la obsesión lacerante de la patria lejana y un collar de nostalgias y tristezas constela su espíritu. Es entonces cuando, por primera vez, ve su estrella de poeta que le besa los ojos y desgrana como rosarios líricos — en un llorar de acacias — esos poemas primaverales impregnados de un llanto de recuerdos, que con anténica amorosidad recogen los diarios y revistas mejicanos. Y él, en un desbordar de añoranzas siente ahondar en el corazón el anhelo obsedente del regreso a la patria.

Durante la vuelta a España, el alma del poeta — en un clarinear de alegrías — recibe múltiples sensaciones que tienen su ápice culminativo cuando a la

vista de Sevilla — la adorada ciudad que embrazado su escudo de idealidad lucha con el sol en un torneo de bellezas — tiene un amplio gesto de comprensión y de filial ternura, que luego plasmará en esos inolvidables poemas en prosa en que palpitan los encantadores crepúsculos de Las Delicias viejas, la « fastuosidad sensitiva y poética » de La Plaza de América o la inquietante simpatía de la calle de Sierpes, nocturnal y cinemática.

Hacia 1912 una nueva inquietud vuelve a sacudir su espíritu. La fiesta del color y de la sangre le atrae con la poderosa sugestión de grandioso espectáculo pleno de meridionalidad. Le deslumbra la trágica emoción de la estética maravillosa — en un prodigio de ritmo y de estatuaría belleza — de la media verónica, y en un ensueño visionario se ve envuelto en la euritmia emocional de un pase de pecho. Y en Casalla de la Sierra, entre un volar deslumbrador de luz, de lujurante alegría y de íntima floración de sensaciones — prolonga esta página de su vida — llena de luminosidad — cuyo hecho epílogo pone en Valencia — en unión de Belmonte — cruzando sus años juveniles con un latigazo de sangre.

Aun bañada su alma en el esplendoroso espectáculo de la gran fiesta, llevado por su eterna inquietud — esta inquietud que le impulsó a recorrer toda España, Francia y América — bucea en el estudio de la Teosofía durante largo tiempo, adquiriendo una gran cultura en esta ciencia y siendo hoy en ella una indiscutible autoridad.

En 1918 funda la Revista «Grecia» — 12 de Octubre — y comienza a construir en sus páginas esos bellos kioscos siderales que son sus poemas, y que no alcanzan plena armonía estética hasta que — en una providencia maravillosa recoge la palabra ultra — que entonces iniciaba su incierto aleteo de núbil glacialidad, hoy tiene la serena majestad del vuelo del cóndor, y ha-

ciendo de «Grecia» órgano del ultraísmo, acoge en sus páginas los vibrátiles mensajes de los hermanos y da a sus poemas la veste polifacética de nuestra amada tendencia.

Es Isaac del Vando-Villar uno de los más significados poetas ultraístas.

Su vigorosa personalidad destaca inconfundible en una armoniosa ponderación que plasma en sus idealizaciones poemáticas.

Su espíritu, ávido de arte puro, traza su ruta en las tierras vírgenes, escalonadas en un más allá de perspectivas lejanas.

Algunos de sus poemas nos sugestionan por su magnificencia pictórica.

Sus imágenes, todas originalísimas, están esmaltadas por su recio temperamento poético; Isaac busca los motivos y formas de su inspiración en todos los ambientes de belleza.

Su barca juvenil ha navegado por todos los horizontes. El canta las nuevas directrices literarias. Este poeta que ayer lloraba como el Cisne, hoy, llevando sobre la frente la estrella sagrada del ultra lanza por la borda su corazón sentimental, y en un glorioso optimismo exalta las energías vitales, el febril dinamismo, el triunfo de una ultracivilización cercana. . . . El ha dicho: «Un aereoplano es aún más bello que una garza real». Y en sus poemas van plasmándose los anhelos modernos de un gran culto al futuro.

I. DE LA E.

Damos a continuación algunos de sus poemas:

COLUMPIOS

La niña alargaba sus pies
para tocar con ellos las estrellas,
pero su cabecita se encogía
para no tropezar con el arco iris.

¡Hay un momento en que la niña
se ha detenido en el espacio
para besar a Venus!
¿Qué mano misteriosa bambalea
los columpios colgantes de los niños?

Allá lejos, la tarde
se está vistiendo de etiqueta
para el gran cotillón de la noche.

CARNAVAL EN EL CIELO

Los ángeles han lanzado al Poniente
todas las serpentinas que la tarde tenía.
El Astral Bastonero
con su mano invisible
ha dejado caer sobre el azul del mar,
para que los peces le alaben,
la piñata encendida del Sol.
La Luna, con su cara empolvada,
se mira a un mismo tiempo
en todos los espejos de los ríos.
Y la araña de las cien mil estrellas
ilumina la frente de todos los poetas

ISAAC DEL VANDO VILLAR.

RAMÓN GOY DE SILVA

Efigie.

Ramón Goy de Silva es uno de los más grandes poetas de la España moderna.

Su nombre no tiene el hielo retumbante de los Villaespesa, de los Marquinas. Apenas es conocido para el público grueso. No figura en ningún manual de Literatura, ni Fitz Maurice Kelly se ha dignado ocuparse de él, en sus insoportables textos de Literatura.

Sin embargo, Ramón Goy de Silva es el primer poeta de España.

Su obra, originalísima y de gran hondura de pensamiento, hace honor a España.

Goy de Silva se destaca entre el montón de versificadores fáciles, con las aristas salientes de su inconfundible personalidad.

I. P. V.

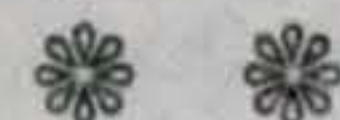
VENDIMIADORA DE CORAZONES

La anuncia el viento con su voz de otoño
sacudiendo a su paso
un ajado tapiz de hojas marchitas.
¡Es la vendimiadora de humanos corazones!...
¡Pescadora de ojos!
Llega con paso alacre, seguida de las flores:
Veinticuatro doncellas, con túnicas distintas,
de colores alegres y colores sombríos...
Todas llevan sus ánforas y sus cestos repletos
de ojos y corazones...
de lágrimas y sangre...

¡Son las vendimiadoras de la vida!
 Han llegado al viñedo más fecundo
 donde el Tiempo y la Guerra hacen orgía...
 ¡Cuántos ojos humanos semejantes
 a racimos de uvas
 maravillosas!...
 Ojos por el espanto dilatados,
 donde la Vida, avara,
 encerró sus tesoros
 de todas las verdades y de todos los sueños
 ¡Ah, si un ojo, tan solo es como un cofre hermético
 donde el Día y la Noche guardan sus bellezas!...
 ¡Si un solo corazón es como un mundo
 de diversas pasiones!
 Todos los corazones y todas las miradas
 de una vasta cosecha,
 ¿qué múltiples tesoros de vida contendrán?
 Yo no envidio a los reyes todo su poderío.
 Yo no envidio a los brezos sus inmensas riquezas
 (¡Un poeta es un rey de la maga ilusión!)
 ¡Pero envidio a la muerte su colección de ojos,
 donde se han reflejado los hechos de la vida
 desde que el mundo es mundo,
 y todos los paisajes y todas las bellezas
 que han desaparecido
 ¡y las que han de venir!
 ¡Cada ojo que se cierra es un ojo que guarda
 una historia distinta de raras aventuras...
 Un corazón no es nada... ¿Una lengua secreta
 de cantos interiores?... ¡Quién puede asegurarlo...
 ¡Un ojo es una luz!
 ¡Vendimiadoras!...
 Aquella de vosotras que recoja mis ojos
 en su otoño propicio
 librélos del bogar...
 Ellos han visto
 las cosas más diversas...

Y la propia belleza, muchas veces,
 en ellos se complace contemplarse,
 como en unos espejos favoritos.
 Y el amor, como blanco de sus flechas
 ejercita en mis ojos su destreza
 constantemente...
 ¡Yo te los lego, ¡oh Muerte! para tu colección
 selecta e infinita!...

GOY DE SILVA



GERARDO DIEGO

Efigie

Gerardo Diego es doctor en Filosofía; representa
 tener unos veinte y dos años; es más bien alto y del-
 gado; su rostro expresa una rara inteligencia, y sus
 ojos—de gentes más acostumbradas a mirar muy
 lejos—tienen una melancolía cognositiva «que atrae
 poderosamente...» dice un escritor que lo entrevistó
 en Santander, ciudad donde está radicado.

Su poesía completamente cruzada, es un feliz intento
 de creacionismo.

PUERTO CHICO

La nave que dió a luz el horizonte
 pliega sus alas como quien
 cierra un libro
 las alas en que soplaron con sordina
 las verdes cabelleras de ondinas
 Al ver a la fragata
 todas las chimeneas

se quitan la chistera
 Por la noche
 cantan los grillos catalépticos
 entre los hidroplanos albergados
 y la hija del patrón
 desflora las cuatro hojas
 del trébol lanceolado de los vientos
 De pie sobre las aguas los marinos
 que han jurado los remos
 los levantan al cielo
 Allá arriba
 todas las banderas
 cantan sus sinfonías al Cielo

BAILARINA

La japonesa tiembla en el alambre
 sostenida
 en las cuatro puntas de su sombrilla
 Relámpagos rítmicos
 Brotan de su seno.
 Globos y bengalas
 Se inflaman en el aire
 Y sobre las espumas
 Se retuercen látigos de medusas.
 Al hacer un gesto
 una bandada de alas anhelantes
 le ciñe todo el cuerpo.
 Los violines enredan sus madejas
 Pero ella no tropieza
 Por la noche
 duerme sobre una pata
 con las alas plegadas a modo de corbata.

GERARDO DIEGO

INTENCIONES

Yo tengo una insuperable aversión por las gentes llamadas «de cierta edad» desde que están cristalizadas dice René Boylesve el fino novelista francés. Claro! en la continua sorpresa de la vida no puede existir la cosa juzgada.

*
 * *

Las informaciones de la imaginación tienen su origen en la misma imaginación.

*
 * *

No aceptar lo nuevo es más que falta de curiosidad, falta de confianza en uno mismo. Detenerse para crear, es la orden de los miopes. Bastante tenemos con que el mundo del arte esté gobernando por escasas individualidades. No faltaría otra cosa que imponer la estabilidad en las visiones y en las concepciones, que preconizan los fanáticos de la rigidez.

*
 * *

La fotografía miente, dice Rodín, porque para ella no pasa el tiempo. La obra de arte en cambio dice verdad.

La verdad del arte está en la vida.

*
 * *

La fe es en el arte, la altitud moral que nivela la obra, y hace la escala en que se encuentran a través de los siglos, los genios.

*
 * *

En nuestra exaltación hay una especie de renunciamento de uno, del uno diario, que es el verdadero por matemático derecho de cantidad. En la exaltación perpetua se hace el genio y es sincero.

* *

La técnica es la miseria que devora a la emoción.

* *

La tradición y el porvenir, la continuidad y la renovación no deben ser una preocupación del poeta. Ser actual da justeza de emoción al crear.

La vida es una sucesión de creaciones inconexas. Un gesto alcanza el valor de una obra.

En estética todo son postura y en lo realista todo es dinamismo.

* *

Hay una especie de filoxera metafísica que invade la Viña de la poesía: El exotismo trascendente de la mayor parte de los libros de Juan R. Jiménez, y el de algunos de Amado Nervo.

* *

Mientras la insinceridad de la mayor parte de los ultraístas, (no me refiero a Cansino Anses, ni a del Vando Villar, ni a Gerardo Diego) los hace saltar entre los trapecios del lenguaje, la cursilería neoromántica se sigue excitando con la mostaza del magusto.

* *

El conocimiento poético no debe ser por progresión. Repentina, firme, total y suficiente debe ser la imagen cuando fluye del conocimiento directo de las cosas. La medida emocional en poesía, en pintura, en escultura, debe ser la del hombre. Dejemos que los sabios sigan escribiendo para los dioses. El poeta debe ir

conociendo la vida (inventando). El sabio *reconociéndola*.

* *

En arte, lo convenido no es lo conveniente. La frialdad de los parnasianos resulta de esta confusión de términos.

* *

La exaltación de varios momentos de la vida en vez de una elevación uniforme de toda la vida es el ridículo en el misticismo pasional.

* *

La mejor disciplina es no tener ninguna o lo que es lo mismo, sin paradoja, tener la del corazón.

* *

La garantía de la obra, en el tiempo, debe ser la sinceridad. En ella debe generalizarse la vida sin perder su calor espontáneo y, si es posible sin desprenderse de lo que tiene de precario.

* *

No hay que ver si en esta poesía se representa tal o cual otra condición abstracta. Hay que ver si en tal o cual otro poeta palpita un corazón, se agita un ser cualquiera. El tipo no deja ver al hombre.

* *

Falta de coordinación, incoherencia, errores de perspectiva, sucesión irregular de imágenes, mezcla de sentimientos, choque de voluntades... y no es así la Vida? Por qué ha de ser una cosa lógica, reglada, mecánica, cuando la trasplantamos al Arte?

* *

Sobre la diversidad de planos y situaciones de las imágenes esta la Poesía. Sin palabras, ella domina, comprende y orienta la suma de bellezas del conjunto.

F. M.

Paisaje

Cielos azules y campos verdes;
Nubes rosadas y en los trigales
las amapolas;

El agua es clara; el viento es leve;
hay mariposas; en los manzanos
pájaros verdes.

La fruta cuelga, madura y fresca,
y las abejas en los panales
revolotean;

El Sol es fuerte; la vida es buena,
todos trabajan; sólo mi alma
vagabundea.

El Mar

Frente al mar apacible, mi alma está desnuda.
Yo la veo de miedo y de piedad temblar.
Porque nunca ha sentido la pequeñez humana
de un modo tan preciso, como frente a la mar...
Las olas quieren robarme el alma
y llevarla de arrastro, quién sabe a qué lugar.
Como mi pobre alma, es un alma viajera
gustosa aceptaría la invitación del mar...

Las tres últimas palabras

Nos encontramos después de muchos años
de búsqueda incesante.
Filmamos nuestros recuerdos
dispersos en el tiempo.
Yo me acordaba de tu cabello oscuro
como un calabozo eterno.
Tú te acordabas
de las tres últimas palabras:
Dolor...
 inmensidad...
 esperanza...

I. PEREDA VALDÉS

MEDITANDO

Para LOS NUEVOS.

¡YO!

«Un día mojado de Julio, siendo yo niño, hice un barco de papel y lo eché al arroyo. Yo estaba sólo; ¡era tan feliz con mi juego!... Y eché un barco de papel al arroyo.

Las nubes se pusieron negras, pasó el vendaval y cayó del cielo un diluvio. Y el agua fangosa, ancha y violenta, se llevó mi barco. Pensé amargamente que la tormenta había venido sólo contra mi ventura; que todo su daño había sido solo para mí. Hoy, día nublado y largo de Julio, meditaba yo en esos juegos de la vida, en los que siempre perdí. Reñía a mi destino por tanta y tanta pena, cuando de repente recordé el barquito de papel que se me fué en el agua del arroyo. (Barcos de papel).—*R. Tagore.*

Y así siempre y con cada uno de nosotros.

La vida, monótona o variada, triste o plena de felicidad, pasa y pasa, llevándose consigo nuestras lágrimas y nuestras sonrisas, sin que sepamos por qué ni acertemos a comprender que somos tan solo átomos en el Infinito.

Yo.

El niño en el regazo de su madre, acostumbrado a que su llanto sea atendido y sus risas celebradas, piensa que el centro del Universo es él, luz su sonrisa y tempestad su llanto. Para él brilla el sol, lucen las estrellas y suspira el viento; para él, por mortificarlo y herirlo, cae la lluvia, viene la noche oscura

con todos sus terrores y la Naturaleza misma parece complacerse en burlar sus deseos.

Crece el niño y con él crecen sus ambiciones, su ansia de ser y de poseer. Piensa que para él da la tierra sus frutos, sus premios la gloria, sus puestos el honor y olvida,—porque ya no ignora,—que el trabajo, la virtud y el sacrificio deben ser rendidos como tributo a la vida y que nada debemos esperar en cambio pues ella, como el verdadero amor, lo exige todo sin recompensa alguna o no es digna de ser vivida.

Y en un día largo y triste, cuando ya nuestra existencia toca a su ocaso, nosotros los que siempre hemos soñado sin ver jamás realizados nuestros sueños, meditamos en el por qué de la vida y caemos en la cuenta que ella no fué hecha para nosotros, sino nosotros para ella. Y solo entonces comprendemos que las dichas y las penas no han sido nuestro exclusivo patrimonio; que el sol, la alegría y el amor no han sido para nosotros solos, y que la vida a todos brinda horas de amargura y de dolor.

Nuestra vida,—lo mismo la mía que la tuya, llega pronto a su término. Nuevas generaciones se levantan, sueñan, sufren y desaparecen. Y hoy como ayer, mañana como hoy, el hombre crecerá y vivirá creyendo que es el único centro del Universo; la única razón de ser de la vida toda su propia mísera existencia.

¡Yo!

EL PRESENTE

«Tú, que no sé quién eres, tú, que lees estos versos míos que tienen ya cien años, oye:

No puedo ofrecerte una sola flor de todo el tesoro de la primavera, ni una sola de estas nubes de oro. Pero abre tu puerta y mira, y coge, entre las yerbas de tu jardín, el recuerdo oloroso de las flores que ha cien años murieron.

¡Y ojalá puedas sentir, en la alegría de tu corazón, la alegría viva que en esta mañana de Abril te mando, a través de cien años, cantando dichosa! (El Presente).— *Rabindranth Tagora*.

Cien años pasarán y el encanto de esta mañana de Abril, cantada en mis versos, conmoverá tu corazón ¡oh tú, desconocido y lejano lector!

Porque si pasajero es el mortal y si la mano de quien los escribió yace confundida con el polvo de los siglos, eterno es el sentimiento de lo bello y eterna la comprensión de la belleza en el alma inmortal.

Entre nubes de oro y nácar he visto aparecer hoy día el sol esplendente y generoso; brindando luz y alegría, derramando sobre la tierra el benéfico calor de sus rayos. Bajo su bendición florece y fructifica la Naturaleza toda; el ambiente se aroma con el perfume de las flores y los cantos de las aves alegran y atruenan el espacio.

¡Cómo late mi corazón de felicidad al unísono con la Naturaleza! Aspiro el aire perfumado, gozo los frutos en sazón, bebo de los claros manantiales que brotan de la ladera de la montaña y elevo, como las aves, mis preces al Dador de toda belleza y de todo amor.

Y mi canto llegará hasta tú, ¡oh tú que lees estas hojas amarillas ya con los años! y aunque mi mano yazga deshecha en el polvo, ella será la que te revele la belleza y la bondad de esta esplendente mañana de Abril y mi alma se regocijará contigo, en la gracia y el esplendor del día.

Porque todo es mortal y todo perece, pero el alma es eterna y eterna es la comprensión y el amor a la belleza.

LAURA JORQUERA (AURA).

Santiago de Chile, Junio de 1920.

DISCURSO

pronunciado por el señor Washington Paullier

el 12 de Octubre de 1920 en el Teatro Solís.

Era necesario en un día como este, recuerdo de un amanecer dorado, cuyas lumbres acompañaron el descendimiento a tierra de la Cruz y las armas de Castilla, que nuestro pueblo recordara su origen hispánico: 12 de Octubre aurora del mundo americano nacido de la formidable voluntad ibérica del siglo decimoquinto; término del más histórico de los todos viajes y de los mayores destinos jamás confiados a débiles carabelas a los cambiantes del viento y de las olas.

Un eco sorprendente debió estremecer la floresta virgen, tocada en lo más íntimo por la revelación de la conquista, abierto su seno a la intrepidez aventurera de los soldados castellanos, al hacha del leñador y a la paciencia heroica del misionero, mientras bajo la brasa lejana del horizonte, presagiaba la caída de los imperios incásicos y aztecas, un sordo rumor rasando tierra, eco del grito escandecido del guerrero indio acompañado por las voces de las aves fugitivas; el alma entera de la selva herida en medio de la paz y la fragancia de los árboles salvajes. Por el intrincado trazo de los senderos, que desde la mar subían hasta las torres y los altares de Copacavana, pasaron en seguida los Cortés y los Pizarro con sus huestes fabulosas acezadas labrando una leyenda que hoy nos parece irreal, en la lueña desmesura de las rocas.

Andando el camino de los siglos, voces justicieras dicen lo que España significa en este continente. Ella fué la que trasplantó su robusta vida y la planta civilizadora, retoño de encinas, robles y laureles, extendidos a las tierras colombianas, sobre los dominios del arbusto y la zarza indígena; pues, si nuestra existencia independiente pasa ya de un siglo, todo su significado trasciende de una historia mucho más profunda, la de los trescientos años anteriores, durante los cuales, en calidad de miembros de una misma familia, formábamos parte del católico hispano imperio.

Fueron tres centurias de grandeza, de alegrías y dolores, de glorias compartidas, mucho más felices y prósperas de lo que los enemigos de la madre patria nos han dicho más tarde, regidas por una de las legislaciones más amplias y liberales de la época: fué una etapa de progreso indiscutible, y digna para todos de un profundo orgullo, pues nuestras eran entonces al par que españolas, la majestad de Carlos V y de Felipe II, las naves de don Juan de Austria victoriosas en Lepanto, y las armas templadas en Toledo, dominantes en Flandes y Alemania, porque iba entonces por el mundo el león acampanado por sus cachorros. En esas horas memorables, que ya no son nuestras y lo son siempre, como es suya, para el pastor la luz de las estrellas, españoles y americanos, los pueblos flamencos, germánicos e itálicos a pesar de sus diferencias naturales, revelaban con su extraordinaria armonía el poder de la voluntad española, culminante en el solitario de Yuste bajo cuyo cetro fuera realizada por todas aquellas razas la extraña preocupación simbólica de que todos los relojes marcasen la misma hora. Nuestras, sí, eran aquellas alturas de donde descendían los mandatos de la ley a una gran parte de la tierra, en lengua castellana, como vuestras son también a pesar de la emancipación, la memoria luminosa de Bolívar detenida junto a las soberbias visiones del trópico,

para presidir la leyenda de América, cuando de mañana sobre el Chimborazo se deja caer sobre los blancos campos el oro diluído de los cielos; la de Artigas agigantada cada día a semejanza de la sombra de las montañas cuando cae la tarde; la de San Martín de estatura andina; y aquélla que durante su existencia, conservó «la blancura del copo de nieve, aún en medio de las charchas de sangre», la de Antonio José de Sucre.

Disipadas las balumbas de humo, extinguido el ruido de las armas de la guerra civil entre americanos y españoles, las vinculaciones de raza, el idioma, los sentimientos ahidalgados, que no se extinguieron ni podían desaparecer, hablan de la realidad de un gran imperio en dos continentes, el imperio moral del Cid y de Cervantes, todo el círculo donde retumba hoy la portentosa campana de plata de nuestra lengua, que fué reina, en sus grandes días de Alcalá de Henares.

Aquí, donde la mirada de águila de los navegantes y gobernadores castellanos fijó con su videncia el porvenir de los lugares en que se levantan nuestras ciudades; donde el trazado del Montevideo antiguo con la Catedral y el Cabildo aún hoy nos hablan de un pensamiento claro y lógico unido a fuertes voluntades; aquí, donde lo único que a través del tiempo, evoca un propósito firme de defensa junto a los marcos de las fronteras y sobre las orillas del gran río, son los restos de las murallas de la Colonia y el imponente fuerte de Santa Teresa, ese gran solitario perdido entre las arenas del Chuy como un ejemplo de lo que no se rinde ni ante el abandono y el silencio, es donde menos pueden desconocerse las virtudes hispánicas de la tradición áurea, el fundamento de los esfuerzos cifrados en su resurgimiento.

Verdad es, que en vez de estudiar los tesoros conservados por la civilización, por el pueblo español, no sólo en las páginas de su historia, no sólo entre

las reliquias de sus museos, en la elocuencia serena de los templos y en la eurytmia nocturna de las ruinas sino también en lo que hay de más animado y palpitante, en la vida misma, los impresionistas, los adoradores del éxito, con los ojos fijos en las aguas de Santiago, donde se perdieron los barcos pero donde se salvó el honor de la bandera, han dejado de ver muchas veces, lo que olvidan siempre los que no tienen fe en la fuente de todos los renacimientos, las fuentes espirituales; esa dignidad de la nación española, que resplandece sobre todo, tal vez nunca con sugerencias más severas, que bajo las humildes vestiduras, en la figura erguida del campesino pobre, perdido allá en Castilla, en Vizcaya o Aragón, imágenes incomparables de carne y hueso, que parecen modelos de orgullosa modestia, soñados por los artífices del color. Ya no van a España los galeones cargados del oro y la plata de la Cólquide americana, arrancados al misterio de las selvas por la intrepidez de Ayolas; disminuidos están los dominios, las flotas y otros exponentes del poderío: qué importa! si es la misma la llama del espíritu; si fuerte es el músculo, y rica es la sangre; si sigue siendo incansable el hombre de Galicia; sólida casi podría decirse eviterna, como su árbol de Guernica, la raza vascongada, la hermosa raza que nos dió a Bolívar, a Artigas y a San Martín; retocados de lumbres y matices desde su revelación por la gracia, los pueblos y las mujeres de Andalucía; y Castilla, siempre pundonorosa, grave y recia, cual espada de acero empuñada en pulido marfil; y todos, todos siempre hidalgos, siempre igualmente españoles.

Poco dice, que las cosas que se compran y se venden se encuentren disminuidas, si la única fuente inalienable de todo esplendor, de toda riqueza verdadera, está allí, con el alma misma, con la raza, con los vivos encargados de tender el arco de luz del devenir, y con

los muertos que de noche alumbran las lámparas del destino... Rico es quien conservó su vigor, su mente clara; su casa, su nombre y sus armas respetadas; y es pobre e infeliz, un mísero el que en un palacio esconde sus flaquezas.

España se nos presenta bajo ese aspecto semejante a una de las reliquias conservadas piadosamente en la catedral de Burgos, donde reposa como un símbolo de la nación, aquel cofre que el Cid le dió a unos judíos, tan solo lleno de arena, pero lleno del oro de su palabra. Sancho no lo entiende así, pero Sancho no es español, aunque Cervantes lo volvió inmortal por la magia de su estilo. Don Alonso Quijano, no el alucinado, pero sí el eterno caballero del ideal, ese sí, es un viejo español; siempre joven; él mismo es fuente de juventud como las azucenas olvidadas cerca del altísimo; él fué el que atrajo a la casa solariega contrastes y golpes desconcertantes; pero lo que los hombres fríos de otras tierras llaman su locura, alentó la alegría aldeana de los rostros, el ritmo anchuroso y los sueños de la vida, el amor a la gloria. Yo sé que a don Alonso muchos pueblos no lo entienden, por eso hablan mal de él, como de España. No tiene más que un amigo, inmortal también y de la misma talla, Cirano, el otro grande de las tierras azules, que por algo Dios las dispuso sobre las sombras de la tierra. Cirano y don Alonso riñeron algunas veces; pero como son los únicos vástagos del mismo linaje, siempre se encuentran; y cuando por arriba de sus soberbias montañas, las más altas de Europa, desde donde reciben más clara que nadie la gloria del sol, se trata de reparar una iniquidad, de obedecer fuera de los cálculos a un deber sentimental, don Alonso y Cirano se olvidan de que alguna vez disputaron para obedecer a la misma consigna, al código de la Raza, de nuestra raza latina, el *punto de honor*, la deuda de gratitud, la defensa del débil.

Quiero decir que aparte de las brillantes tradiciones, fuera de las añoranzas de grandeza, amortecidas con los crepúsculos de los siglos XVI y XVII, existe y vive realmente un sentimiento, una cultura española, fuentes inagotables de enseñanzas reconfortantes, de pensamiento y belleza; un eminente ejemplo moral, hacia el cual debemos ir, como a los buscados manantiales de juventud de que los indios le hablaron a Ponce de León en la conquista; la verdadera civilización hispánica que no comprenden los turistas fenicios, la que está de pie a la vista de Toledo, de Salamanca, de Granada y de Sigüenza. Ciudades muertas, dicen algunos; ciudades eternas, digo yo; claves de los áureos espacios por donde vuelve a filtrar la luz y el optimismo cuando el alma se afunesta; las verdaderas capitales representativas de «la lógica y férrea España» así llamada por el poeta francés genial y saturniano; las que son modelos de distinción y cortesía como la gentil Santillana del mar; las intelectuales y delicadas como Salamanca; las desinteresadas, espiritualistas y religiosas como Ávila; las que hablan de la patria fuerte y dominadora, Segovia, la de los señores feudales, y la imperial Toledo.

Os he dicho, de las piedras que hablan, para pedirlos después que penséis, en las delicadas flores perennes, en la fragancia de los jardines de Lope, el dulce poeta; en las de Fray Luis de León, poblados de robles pensativos, enamorados del cielo; y los azahares místicos de Santa Teresa, intactos en medio del silencio religioso de su ciudad; en los nidos encantados y las voces de los ruiseñores de Bernardo de Valbuena, donde todos los pequeños seres de la creación se presentan enaltecidos por una delicadeza incomparable. Quiero pedirlos en este día de América que como homenaje a la madre naturaleza española, penséis por un momento en las orillas del Guadalquivir, pobladas de cuentos árabes, en los huertos del Yaranda

y las claras riberas del Tormes; en todas aquellas espléndidas visiones, que tuvieron en los artífices del arte español, intérpretes geniales suaves y humanos entre los más altos, hasta aquel Juan, santo de la Cruz y cumbre dorada del Verbo. Pues, así es España mezcla de virtudes y notas contradictorias, personales y vigorosas sin dejar de ser muy avenideras.

Ella es como el poema del «Mío Cid» la selva heroica bravía y épica, a semejanza de las foscas tierras de Castillas donde todo ocurre entre montes altos y fieros, en la rivalidad de las ramas de los árboles y las nubes; mas España es también por virtud de su espiritualismo, de su profunda alma religiosa puesta al servicio del ideal, imagen nobilísima de la fuerza y la pujanza, convertidas en flores de meditación, amor y caridad, gama inmensa y delicada, reflejo del horizonte donde se enlaza lo humano y lo divino, como en las telas de Valdez Leal.

Y fué también patria de libertades, por sus fueros de Aragón, de Vizcaya y de Castilla, antes de que otros pueblos del continente practicasen sus propios derechos; y acerada, dura y absoluta, al mismo tiempo, cuando esgrimió la espada de los Caballeros de la Cruz.

Vieja España escudo de la civilización frente al fanatismo musulmán; madre latina de todo un continente, patria de Cervantes, yo te saludo como un símbolo vivo, realización del pensamiento armado del Marqués de Santillana: «la ciencia no embota el hierro de la lanza, ni hace floja la espada en la mano del caballero».

Grande y noble nación, sea nuestro homenaje la palabra de aliento que ayude a encender de nuevo las lumbres de sus horizontes fatigados, pasando por aquellos caminos cubiertos de polvo y cenizas de piedras preciosas, por donde desfilaran con paso grave y meditativo, los teólogos, los doctos y los estudiantes de varios siglos: las gualdanas de hidalgos admirables

en el cumplimiento de su palabra a su Dios, a su rey y su dama; y las formidables armaduras y los brazos de hierro, que desde las Navas de Tolosa, labraron las epopeyas de los Cortés y los Pizarro, de los Albas y los Austrias del meridiano, hasta el último cruzado Prim en Castillejos, y Cervera el héroe de Santiago, Sea, señores y señoras, nuestra palabra la que diga que cuando cae el sol, y hace oscura la noche, no por eso ha dejado de existir la selva heroica, ni mueren las mariposas...



La Couronne Splendide

Pour LOS NUEVOS

Midi; poème en feu; symphonie haute et claire
Qu'écrivent les jardins en notes de lumière.

Midi; l'ombre somnole au pied des arbres sourds;
Midi; et le soleil crépite tout autour.

Midi; mon âme ardente, audacieuse et gourmande.
Aux rameaux frémissants des arbres s'enguirlande.

Dans la tiédeur de midi lent, calme, et doré,
J'étends mes bras comme un feuillage doux et frais.

Et je dédie à la clarté qui me caresse
L'hommage vain de ma langueur, et ma paresse.

Midi pourpre; la terre est lourde de printemps.
Les rosiers sont courbés sous les roses candides,
Et mon front diaphane est lourd de mes, vingt ans
Comme d'une couronne odorante et splendide.

MARCELLE AUCLAIR

Mis Manos

Mis manos ambiguas,
de obrero o de dama,
nerviosas y fuertes y, a un tiempo,
muy finas y blancas,
tienen una historia;
la historia de mi alma.

De todo en la vida supieron mis manos,
de glorias y lacras,
del rudo trabajo en la tierra,
del duelo en la fábrica,
del robo en secreto,
del vicio, del ansia,
siempre contenida, de hundir a los hombres
debajo sus palmas.
Un día, pidieron limosna;
otro, hicieron gracias;

otro, humildemente,
al Señor alzadas,
rogaron clemencia divina
o bien blasfemaron, al cielo crispadas.

Ninguna impureza a mis manos
le estuvo vedada,
ninguna faena, y no obstante,
son finas y blancas.
A veces, abiertas, parecen
magníficas alas;
a veces se encogen y son con sus uñas carmines
las puntas del brazo que sangran.

Mis manos ambiguas,
son las avanzadas
de un sueño,
de un alma.

JOSÉ GABRIEL.



Andrés H. Lerena Acevedo

Conoci a Andrés H. Lerena Acevedo en las aulas universitarias, a la edad de las grandes esperanzas, a esa edad de hermosa inconsciencia, de completo desconocimiento de la vida, templo de la Belleza y del Sentimiento, en cuyos altares no se oficia a la Razón.

Su espíritu superior me cautivó de inmediato. Sentía en su presencia un sentimiento extraño, mezcla de simpatía, de admiración y de vergüenza.

De simpatía, porque las fuerzas íntimas de mi ser me hablaron de su alma buena; de admiración, porque mi inteligencia, comprendió su enorme talento; de vergüenza, porque mi consciencia se turbaba ante la severidad de sus principios morales, de los que su vida fué siempre un exacto reflejo.

Era distinto a todos, evitaba los grupos barullentos, andaba casi siempre solo. Su palabra tenía ya un suave acento, insinuante como el perfume de algo querido; era tardía, como si el pensamiento temiera perder en belleza al hacerse verbo. Su gesto mesurado nos decía de la armonía de todas sus facultades. Su mirada dulce y vaga, como perdida en la realización de imposibles sueños de amor y de belleza, nos hablaba del poeta y del soñador.

Andrés H. Lerena Acevedo era un reconcentrado. Las expansiones íntimas eran extrañas en él. Celoso de su celda interior la guardaba como aquel viejo rey

hospitalario de la leyenda; pero la guardaba no con egoísmo de vencido o de desilusionado; sino lleno de esperanzas, por un sentimiento supremo de belleza, para poder algún día abrir sus puertas de par en par, y ofrecerla virgen y hermosa a otra alma, gemela de la suya; a una hermosa alma de mujer.

Lerena Acevedo vivió su sueño, fué feliz un momento, y ahora ha muerto.

Demasiado grande, demasiado bueno, hubiera sido demasiado feliz.

No era solo un soñador. Sabía de las exigencias de la vida exterior, y a ella le cedió lo único que debía cederle; su talento. Y fué así, que consciente de sus fuerzas y seguro del triunfo, su paso por la Facultad de Derecho se caracterizó por una serie de éxitos brillantes, éxitos que hablaban ya con elocuencia de la brillante figura que Lerena Acevedo hubiera sido en el futuro.

Ultimamente el destino quiso probar el temple de su espíritu. Y él nos mostró que tenía la altivez de esos cóndores en cuyo último vuelo suben tan alto, como si quisieran antes de morir besar el cielo; sí, el dolor elevó su vuelo poético y en estrofas hermosas y sinceras nos habló de: «Voces altivas».

Ha muerto, pero queda su recuerdo, nos queda el ejemplo de su vida, nos queda su obra.

Enamorado de la Belleza, la llevaba dentro de sí mismo. Poco tiempo antes de publicar sus «Praderas soleadas» me decía: «no me decido a publicar mis versos, los desearía mejores, mi léxico es pequeño, es estrecho para expresar lo que siento». Incomparable artista, de exquisito buen gusto, él, como todos los elegidos, como todos aquellos a quienes la Belleza se entrega desnuda con abandono de amante, como nuestro Rodó, sintió también la tortura del estilo. Es que en Lerena Acevedo vivió siempre el crítico al lado del creador; y ese crítico bondadoso por natu-

raleza con lo ajeno, se convertía en juez severo al juzgar lo que era suyo, y era lógico que así fuera; el lenguaje, la palabra, eran pequeños para expresar lo que su alma grande sentía.

Andrés H. Lerena Acevedo fué el poeta de la luz interior, luz de vida y de honrada alegría. Sus Praderas — esas mismas praderas que muchas veces han florecido en lo más íntimo de nuestro ser — fueron «Soleadas», porque les dió vida su espíritu, que tuvo de Sol, el ser puro, y fecundo.

Ha muerto un poeta. Los silenciosos enamorados de la Belleza, aquellos que la sienten en la humildad de la pequeña flor silvestre, en la grandeza de un rayo de sol, en el misterio de un rostro de mujer, vestirán de duelo.

JOSÉ M. AROCENA BLANCO.

* * *

Como homenaje a la memoria del poeta que se ha ido,

LOS NUEVOS ha creído oportuno publicar las hermosas palabras por él pronunciadas, al agradecer la fiesta en la que sus amigos festejaron la aparición de «Praderas Soleadas».

Señores: Una emoción honda, intensa, me extremece fuertemente en esta hora. Y es por eso, previendo yo esa intensa, honda emoción que vuestra fiesta generosa levantaría en mi espíritu que os he traído para leeros esta frágil página de agradecimiento — apenas cuatro, cinco palabras — pero que, a no haberlas estampado por escrito fuerza me hubiera sido conformarme, como única manifestación de simpatía, con estrecharos cordial y simplemente la mano a cada

uno de vosotros sin poderos agregar, tal vez ni una sola palabra, ya que el corazón es tanto más avaro en expansiones cuanto más intensamente vibra en lo interior.

¿Cómo expresaros que esta sencilla reunión de amigos, de amigos que todos me recuerdan algún momento bueno de la vida durante el cual hemos identificado aunque fugazmente nuestras almas, me llena de una inefable y compleja turbación actual, a la vez que me infundirá, estoy seguro, una bizarra fnerza de energía, cuando mañana, con el recuerdo de esta afectuosa fiesta de amigos, me encuentre solo, frente a las palabras hurañas y a las ideas no plasmadas aún para inflar de fuerte vitalidad el ritmo de las nuevas canciones?

¿Cómo deciros que estas «Praderas Soleadas» que yo he articulado honradamente: un poco de sol vendando una vieja tristeza, un poco de viento exaltando una fresca alegría como se puede flagelar la vela descorazonada de un navío, algún astro piadoso surgido, allí, en el mismo azul de horizonte donde habíamos enterrado un recuerdo, cómo deciros que estas «Praderas Soleadas» las hemos sentido todos en algún momento de nuestra vida, y que, tal vez las mejores, las más sonantes de músicas, sean las de aquellos que nunca nos dicen nada, las de aquellos que se van sin nunca abrirnos el alma, bien por una refinada indolencia del espíritu o porque las palabras, como acontece con las cosas demasiado íntimas, se les quedan sollozantes en los labios al querer transfundirlas en la brisa cristalina!

Señores: Con verdadero calor afectivo os agradezco vuestra demostración, pero os pido, sinceramente, que en esta hora amiga, festejemos más que un canto personal, de seguro no el mejor, nuestros genéricos e individuales ensueños, las praderas internas y soleadas de todos los que estamos orillando esta mesa — junto

a esta mesa familiar—pues es grato al alma que con
sagremos de vez en vez, en el correr indiferente del
tiempo, una hora de expansión a los ensueños comu-
nes—una hora de expansión en el correr diferente
del tiempo—hasta que un día, no sabemos si de libe-
ración o de tristeza, nos vayamos sin retorno, como
puede irse un pájaro, con las alas tendidas!



NOCTURNO

Me inclino hacia la Noche; y tengo la sencilla
impresión de que el cielo, es un tapiz añil;
y las estrellas se me antojan mil
pequeños agujeros de polilla.

La pálida Luna
es como una
gran mancha de estearina,
(que tal vez celestiales servidores alados
limpiaron con bencina,
destiñéndose un poco el cielo, en los costados).

La silueta cónica de un monte,
me oculta el horizonte
como un extravagante capuz.
(Y la luz que se escapa de las casas pequeñas,
—de las casitas blancas, brotando entre las peñas,—
forma un enjambre hirviente de bichitos de luz...).

Las palmeras me causan un vago desconsuelo,
con su quieta
figura escueta
de plumeros clavados en el suelo.

Allá a lo lejos, silba una lechuza,
Un murciélago cruza:
en los giros exóticos que sus alas dan,
hay todo lo imprevisto de un bumerang;
y lanzando un corto chillido agudo,
prosigue en su inquietante volido tartamudo.

JUAN CARLOS BERNÁRDEZ.

Hoy es tu cumpleaños

Anoche unas luciérnagas, en un lecho de malva,
brillaban cual si fueran hijas de tu pupila.
¡Hoy es tu cumpleaños!... La mañana es alba,
la tarde será rosa y el crepúsculo lila.

Yo sé que tú deseabas que no aprendiera el día
en que tú cumples años, porque entonces... ¡Tontuela!
Yo no tengo dinero; pero en la florería
yo puedo obtener rosas a cuenta de mi abuela...

Luego de tardecita, ¿verdad que irás al Prado?
Te encontraré en un sitio pequeño y delicado
donde las flores digan sin rubor sus engaños...

Y cuando tus hermanas hagan como que ignoran,
te mostraré las lágrimas que mis pupilas lloran
Y te diré que llores, también... por cumplir años.

MARIO E. CRESPI.

LA MENDIANTE

Pour LOS NUEVOS

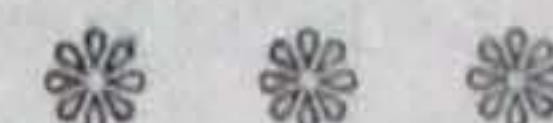
...C'est un jour où l'on voudrait
se tendre vers une grande douleur
et lui dire: «repose»...

— Et ce serait ma rançon d'amour
(Même autant que la pure lumière du jour...)

La meilleure rançon! Mes mains reflleuriraient
— Car il faut des plaies vives, aux mains pour embaumer.

...Cependant je suis faible, alanguie, hésitante...
— Et si pauvre en mon cœur que celle mendiante.

OPHELIA CALO BERRO



La fragancia en la página

He puesto azahares en una página del «Cántaro Fresco» Y; ¡qué buenos han sido los azahares en la página del libro!... Cada vez que lo abro es como si abriera una pálida puerta blanca hacia el jardín en que está el naranjo desde cuyas ramas aquellos sahuman; la puerta de un ensueño fragante, íntimo; ¡la página del libro!... ¡Ah! si pudiera agregar en la página un rayo amatista de crepúsculo y el rosa frutal de las mejillas de una novia!... El mundo sería mío... Y desde una página blanca sería el mundo mío! El ensueño íntimo de una página pálida, un destello mágico del sol, un perfume de azahar y el rosa frutal de las mejillas de una novia... ¡Todo el mundo desde la pálida puerta blanca de una página!...

CARLOS BENVENUTO

Santillana del Mar

Yo no sé por qué feliz milagro se ha conservado Santillana, hasta ahora, intacta en su belleza antigua. El progreso no ha intentado penetrar en ella. El ferrocarril dista de allí una hora de carruaje, no hay comercio alguno ni hoteles, y muchas de sus casas parecen abandonadas. Y sin embargo, Santillana está dentro de una comarca viviente, de una de las más ricas regiones mineras de España. No lejos, a menos de hora y media, se halla la pulcra y comercial Torrelavega y en media hora aún de ferrocarril, solamente, se llega a Santander, puerto considerable y capital moderna y próspera.

Mas no se crea que Santillana del mar sea una villa decrepita; por el contrario, tiene aspecto de juventud como si hubiera sido edificada recientemente por el capricho arqueológico de evocar, en poema de piedra, un siglo pretérito. Se diría que la ilustre y señorial Santillana se ha conservado al modo de aquellos muebles antiguos que en las casas modernas, construídas por los hijos en el solar de los padres, quedan olvidados en los cuartos trasteros hasta que un día, pasados muchos años, alguien los descubre. Entonces la casual integridad del abonado resulta raro mérito, y su vejez aparece venerable, poética y suscitadora de gratos y sencillos recuerdos familiares.

Santillana del mar contiene una gran poesía, una poesía que desborda de ella. Es la poesía del pasado, la poesía misteriosa de la leyenda de Santa Illana, la poesía de sus casas blasonadas y solitarias, la poesía del silencio, la poesía de la viejas piedras de donde «brotó todavía», dice Ricardo León en uno de sus más bellos libros, una densa y profunda vida espiritual, el aroma inextinguible y sutil de diez siglos de vida humana, de arte, de belleza, de pensamiento...

* *

Yo he ido a Santillana desde Torrelavega. Pasando Puente San Miguel el carruaje penetró en una umbrosa y fresca avenida de altos árboles. El paisaje es encantador y no parece creíble comprobar que aquellos campos verdes, cubiertos a trechos de arboledas, pertenezcan, con un aire gracioso, suave y tierno a Castilla la Vieja. La ruta asciende, en casi todo su curso, constantemente bordeada de árboles; y poco después de haber alcanzado su mayor altura, desde un recodo del camino, se percibe, metida en un valle, invisible entre castaños y pomares, la ilustre villa. Sus pocas calles son angostas y solitarias. Casi todas las casas, sobre todo en la calle del Cantón, ostentan en sus rancias y nobles fachadas grandes escudos: son escudos orgullosos y magníficos que nos refieren la grandeza y la gloria abolida de la antigua capital de las Asturias. *Da la vida por la honra y la honra por el alma*, dice uno de ellos en calderoniana frase. *Un bien morir honra toda la vida*, asevera cristianamente el de la Casa del águila. En algunas calles se ven palacios en ruina, casas infanzonas que en su ancianidad, que debiera ser muy gloriosa, han caído en manos plebeyas que destinan sus patios artísticos y sus sonoras, melancólicas estancias para servir a bajos menesteres. Por la calle del Cantón, la más

blasonada calle que hubo jamás en el mundo, se va a la Colegiata. ¡Inefable tristeza la de esta iglesia encantadora! Imagen viva de la decadencia, sus bellezas disminuídas por el tiempo,—así aquella puerta de arcos abocinados de medio punto,—sugieren su hermosura de antaño. La imaginación evoca las lúe-ñes edades en que el poderío y la gloria del monasterio, transformado luego en Colegiata, se extendían por todas las tierras de las Asturias de Santa Illana. El claustro admirable con sus rotos sepulcros, su patio cubierto de hierbas, los revoques con que manos bárbaras han ocultado la gracia de la libre imaginación antigua, las figuras destrozadas de algunos capiteles magníficos, todo, en fin, acrece la gran tristeza del lugar.

Aquella tarde, mientras yo soñaba vagando en el claustro de la Colegiata, estalló una tormenta. El cielo, negro, se había hecho trágico. Truenos formidables retumbaban lúgubrementemente en los huecos corredores. Relámpagos incesantes iluminaban las sombras. En tales momentos aquel claustro, sacudido por la lluvia violenta y el granizo, con sus capiteles fantásticos y sus sepulcros rotos, se tornaba irreal e infundía extraño temor. El sacristán y un sacerdote que me acompañaban se persignaron y rezaron y, en su terror, me obligaron a refugiarme en la iglesia. Cuando salimos al pórtico, la tormenta había pasado; una lluvia espesa volvía a Santillana del Mar.

Si hay en la tierra algún pueblo aristocrático, ese es Santillana. El señorío es su más visible condición. Su alma hidalga parece que se hubiera reconcentrado en los fueros de su gloria extinguida y que despreciara con orgullo y despecho la invasión del progreso plebeyo. Santillana del Mar, la muy heráldica, no debía ser la patria del pícaro Gil Blas. Es sí la patria adecuada de aquel gran señor y fino espíritu que se llamara don Diego López de Mendoza, marqués de

Santillana: aquel rimador delicioso que, en la dulce zampoña de sus canciones, elogiaba los encantos agresivos de las vaqueras y mozas de sus dominios.

Yo he dejado a Santillana con infinita tristeza. Era la tristeza que desbordando de las callejuelas, de las casonas solariegas y de la tarde lluviosa, se me había entrado en el alma. Era la milenaria tristeza inexplicable de ver cómo desaparecen de la tierra estas bellas imágenes de una gran civilización; cómo destrazan los años a estas nobles arcas de recuerdos y de ensueños; cómo yacen en el olvido de los hombres estos pueblos señoriales y altivos: ¡esta villa sosegada, tesoro de poesía, de espiritualidad y de fe inquebrantable, que debiera ser conservada y cuidada a modo de una piedra preciosa engarzada en el oro de la veneración!

MANUEL GALVEZ.

LAMENTACIÓN

Del próximo libro « Los ojos extasiados »

Saber que estás lejos... tan lejos
de mi alegría y mi dolor,
y que tus manos son de nieve
para locar mi corazón!

Sentir que dejas en mi vida
como un lugar de eternidad,
y aún no te das... Si te me dieras
se hiciera luz mi obscuridad.

Ni en Primavera ni en Estío
seré en tu huerto poma o flor;
por si tu invierno tengo un día,
te guardaré todo mi sol!

Saberte así... lejos... tan lejos,
de mi dolor y mi alegría!
¿Por qué ha nacido en tu jardín
esta azucena de mi vida?

MIRIAM ELIM

Santiago de Chile, VIII - 26 - 20

MADRE ESPAÑA

(Versos antiguos).

FRAGMENTO DE UN CANTO (1)

De una y de otra Nación
el alma y el corazón
en un solo ser se enlaza:
sentimientos, lengua, raza,
ideales, religión.

De sus hijos el valor
que hace heroico el patrio amor
y en la ocasión tal se expande
que no existe otro mayor,
más abnegado y más grande.

De la mujer la cristiana
fe, la natural beldad,
el amor y la piedad
en quien hallan dulce hermana
La miseria y la orfandad.

(1) En aras de la Madre Patria, exhumo estos versos de mis albores poéticos, recordándolo hoy, con gozo, no obstante su forma anticuada, pues como prueban que cuando nadie había pensado aun en celebrar « El Día de la Raza » soñaban ya en mi alma juvenil, anhelosos esos levantados ideales.

C. L. R.

Y es tradición que la llama
del patriotismo la inflama
y en el sacrificio goza
y entonces también se llama
Agustina Zaragoza.

Pero quién de esto se extraña
quien mirará como hazaña
que de Daoiz y Velarde
no halla un hermano cobarde?
Quien, si la Madre es España!

Que los una estrecho lazo
a ambos pueblos de un abrazo
es mi ambición, mi idea fija!
que hay más bello que la hija
de la Madre en el regazo?

Qué formas mi ensueño traza
en realidad convertidas:
la Madre, gloriosa, abraza
a sus hijas confundidas
en una sola: su raza.

CARLOS LÓPEZ ROCHA.

Buenos Aires, Octubre 12 1897.

AL SONETO

Para LOS NUEVOS.

El pensamiento es como el viento.
El pensamiento es como el mar.
Nadie, pues, debe aprisionar
el pensamiento.

Lo que nació para ser libre,
bajo los cielos siempre vibre
en negación
de la opresión.

El pensamiento fuerte y terco
cuando se torna luz del verso
solo conoce a un soberano:
el ritmo humano.

Mas se mofa
de la estrofa
regular.
Como el mar.

Menos, acepta vieja norma
de algún conjunto cuya forma
quiere encantar la inspiración.
Como es rebelde, lanza un reto
a los desplantes del soneto.
¿Cabe en un vaso un corazón?

¡oh, quieto
soneto!
Fijo es tu destino:
ser lo codiciado
por un esforzado
cretino.

Con tus dos cuartetos,
con tus dos tercetos,
con tus consonantes
tan desesperantes,
porque son rosario
de monotonía
quitas la alegría
como un diccionario.

Fuiste bello en años
de sombríos engaños
pero ahora

ahora que se despierta la conciencia en nuestro mundo
ahora que el numen tiene más fuerza reveladora
de ideal fecundo;

ahora que con la sangre se escriben valientes lemas
para ostentar en el credo redentor de los poemas;
Ahora, que no hay castillos para hospedar trovadores,
y se prefieren las águilas a los dulces ruiseñores;
ahora que se han quebrado los antiguos espadines,
que han quedado relegadas las pelucas al museo;
ahora que nuestros cantos son himnos de paladines,
de hijos espirituales del triunfante Prometeo,
Soneto, te rechazamos, como a inútil lechuguino,
y de tu traje de seda haremos que un peregrino
de la trágica miseria
lo venda en alguna feria;

Te rechazamos, soneto, pajecillo corrompido
que defiende la Retórica del desprecio y el olvido.

Te rechazamos, Soneto,
porque impides con tu molde se renueve la energía,
porque quieres ser completo
cuando nunca se es un santo y a la vez santa jauría...

Tú, Soneto,
porque quieres ser completo,
agonizas lentamente
como gloria parnasiana
y mañana
te extinguirás sin simiente.

Soneto, lento trabajo,
falsedad de la Edad Media,
aunque te adoré de Heredia,
eres mi escarabajo...

Con almibar de las rimas,
no se conforma el anhelo,
que busca vuelo en las cimas
para dominar el cielo.

Nuestra edad roja crepita
y mata el reptil del cieno.
Nuestra edad es diramita
de barreno...

¿Puedes acaso vivir,
palaciego vergonzante,
junto al rudo caminante
que marcha a lo porvenir?

Se astilló tu burdo icono,
frente a las sombras de un treno.
Todo empieza a despreciarte
porque merece abandono
tu simiesco amor al Arte.

Soneto lacayo, quema tu librea:
lo exige la idea.
Soneto
discreto,
cortés, débil, pulcro,
vete a tu sepulcro.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.



LLOVIZNA

Para LOS NUEVOS

Los faroles, altas cruces de metal en cada esquina,
con sus globos como perlas de cristal lechoso y leve,
se adelgazan y se borran en acuosa muselina,
Mientras tanto dulcemente, tibiamente llueve . . . llueve.

Las personas, los tranvías, y los coches empapados
como anfibios que ambularan por un muelle, se deslizan
y en la harina silenciosa del relente sepultados
los contornos de los seres y las cosas agonizan.

Es una plateada harina, una harina fina, fina,
cual el trémulo polvillo de una fuente cristalina
que bajara sobre el mundo como sobre un gran tazón.

Y parece que en los iris de ese pólen de agua clara
la maldad cobarde y fionta de los hombres se borrara
en un vago encantamiento de tristeza y de perdón.

MARCOS MUÑIZ.

La Vieja Máquina

LOS NUEVOS se complacen en publicar esta bella poesía inédita de Víctor Bonifacino cuyo reciente libro «Las Alas de Ariel», recibido con grandes elogios por la crítica del Uruguay, es una realidad y una gran promesa para la poesía de América.

Se la llevaron como hierro viejo,
a golpes fué a caer sobre un camión;
treinta años antes vino envuelta en paja
y entrada fué al taller con el cuidado
de un huevo liado en algodón.

¡Treinta años!; a su lado envejecieron
los obreros más sabios del taller;
todos sabían que había un alma en ella
laboriosa, sencilla, casi humana,
que sabía del dolor y del placer.

Hoy, una nueva, mas perfeccionada,
vendría a reemplazarla en su función;
para el patrón, para la industria, era
un triunfo arrojar aquellos trastos
útiles sólo allá en la fundición.

La pandilla de jóvenes obreros,
que jubilosa la llevó al camión,
nada pensó ni dijo; sólo un viejo,
que miraba la escena mudo y triste
sintió que se le iba el corazón.

¡Treinta años! Como la vieja máquina
veía su destino hondo y fatal;
todo el esfuerzo de su larga vida
terminaría en la doliente historia
del viejo mecanismo de metal.

Todo su esfuerzo, aquel esfuerzo inmenso
por hombres, cosas y divinidad,
impersonal, ya etéreo e invisible,
se esfumaba en el polvo de los tiempos
como su ya vencida humanidad.

VÍCTOR BONIFACINO.

BIBLIOGRÁFICAS

EL CÁNTARO FRESCO. — Juana de Ibarbourou. — «La Editorial Uruguay» — Montevideo 1920.

He aquí un buen libro de poesía. No podíamos esperar otra cosa de su autora. Además, Juana de Ibarbourou ha tenido el buen gusto de no llamarle de «poemas en prosa», nombre tan manoseado y tan poco exacto.

Estas páginas están escritas en momentos de emoción.

Una emoción elegante en la que sin embargo, está sentida la plenitud de la perfección. Poemas como «El Grillo» y el «Alma del Huerto» están hechos con exactitud. Sus imágenes se ponen en inmediato contacto con las más simpáticas corrientes del espíritu.

Las emociones más reales que proporciona la vida pasan a través del temperamento de esta mujer simple, cerril y salvaje — como gusta decirse ella — se ofrecen sin otras preocupaciones que las de un orden humano. Hay literatura? Quizá. Más bien un marcado gusto por las dulzuras untuosas y los giros vagos en la expresión.

La vaguedad de Rabrindanath Tagore, vaguedad de «snob» que, a fuerza de quintaesencia da una exquisita sensación de original naturalidad. Hemos hablado de Rabrindanath Tagore, porque hay muchos puntos de contacto entre estos dos espíritus. La sensibilidad del bengalí es algo femenina, si se quiere, como la de Juana de Ibarbourou. Ambos tienen una semejante plasticidad de espíritu. Ambos gustan del misterio y ninguno de los dos se desespera ni se descompone ante la fatal miopía de los hombres «que nada sabemos».

Pero mientras el maestro de Shankinitchan es ingenuo como un niño, Juana de Ibarbourou es simple como una viejita chocha.

Leed «Ensueño». Me ha hecho pensar algo en las chochees católicas de Copée. Mientras el poeta de «La Bonne Souffrance» tenía rasgos viriles dentro de su admirable vejez y de sus enfermedades, Juana de Ibarbourou que es una mujer joven y hermosa, es toda dulzura y languidez en «El Cántaro Fresco».

Estos poemas tienen únicamente, de la poesía expresiva y apasionada que todos conocen en «Las lenguas de Diamante», la viveza de las imágenes y la curva graciosa y siempre bien definida de su pensamiento, lleno del enigma de la Vida y del misterio de su alma sutil e inquieta.

Lo que en el libro de versos es exaltación o símbolo, en «El Cántaro Fresco» se ha hecho ritmo gracioso, y laboriosa elegancia. Hay un progreso hacia la naturalidad, hacia una naturalidad de estudiada posición, que no es novedosa porque ya sabemos de ella por Francis Jammes, por Rabrindanath Tagore, por Azorín y por Juan R. Jiménez. Hay más seguridad de vida. Hay menos preocupaciones estéticas. Nos atrevemos a predecir que Juana de Ibarbourou se encamina hacia un dinamismo intelectualista en el cual culminará su obra.

Todas las cosas reales que hay en «El Cántaro Fresco» están presentadas necesariamente. Por eso gustan tanto. Siempre lo que más agrada es lo que tiene más carácter de imprescindible.

Debemos decir también que el estilo de la señora Juana de Ibarbourou, resentido quizá de la influencia de otras lecturas, la han llevado a esa vaguedad y a ese infantilismo tan en boga actualmente. Por ello probablemente en este librito notamos que la información — la imaginación está sustituida casi, por la emoción de la imaginación. El realismo de «El Cántaro Fresco» cuando deja de ser una cosa vivida tiene origen en reminiscencias de lecturas o recuerdos musicales de palabras que han sonado simpáticamente para esta poeta. Por otra parte tiene en su prodigiosa memoria un auxiliar de primer orden. En camino de hacer notar los defectillos y las lagunas que hay al lado de finisimas observaciones en «El Cántaro Fresco» preguntaré:

Por qué dice « can » en vez de perro? « La alta copa rumorosa del bambú » me parece inexacto. Abusa de la palabra cuajarse « la luna se cuaja en el pozo » « los durazneros se cuajan de pimpollos » esto es vulgar y no sé por qué no me parece de acuerdo con la simplicidad y la emoción refinada y primitiva al par, que se quiere dar con este libro.

Hemos dicho la impresión verdadera que nos ha causado la lectura de « El Cántaro Fresco ». Es un libro de fina poesía. Juana de Ibarbourou es la primer poetisa de América; porque Alfonsina Storni es una intelectualista de pésimo gusto que muestra en todos sus versos el esfuerzo que le cuesta crear; porque Margarita Abella Caprile es trivial y sin asuntos; porque Gabriela Mistral es pesada y monótona.

ANUNCIACIÓN.—*Poesías por Renato Monastier.*—Talca—Chile.

Es un libro más. Un libro de versos donde el autor, joven probablemente, sigue el camino predilecto de todos los jóvenes poetas de América: Amado Nervo. Le gustan las palabras raras y ve cosas de misterio por todas partes. Ya nos las hacía presumir el título « Anunciación ». Hay algo también de la inevitable influencia del autor de « Cantos de Vida y Esperanza ». Pero, Monastier es un poeta sin duda alguna. Tiene que desprenderse de su amor a las palabras. Tiene que hacer más sencillo su lenguaje y buscar la poesía en las cosas diarias, en las cosas que viven a su lado y toman parte en su vida. Su técnica—nosotros no le damos mucho mérito a todo lo que sea tecnicismo y mero arte—es buena.

Tenemos cierta fe en estos jóvenes de ahora, en cuyos balbuceos poéticos se nota bastante sensibilidad, un poco aplastada bajo los diccionarios cuya lectura aconsejaba Gautier y un poco gruesa aún, pero que se va refinando y sutilizando con la vida y como la Vida.

HERENCIA MENTAL

Trabajo presentado en el curso de Filosofía de primer Año de Preparatorios para Medicina, a que dicta el doctor Paez Formoso, por el estudiante Haroldo Risso Sienra.

Voy a abordar el estudio de uno de los problemas de más difícil solución bajo el punto de vista psicológico, y digo que es de los de más difícil solución porque encierra una variedad de cuestiones complejas cuya aclaración definitiva no ha podido aún lograrse, pese a la meditación y a los profundos estudios realizados sobre este punto por filósofos de todas las épocas y de todas las tendencias.

En efecto: las Teorías de Spencer, Darwin, Haeckel y Weissman, así como las experiencias de Brown Sequard, citados todos por el doctor Vaz Ferreira en su curso expositivo de Psicología Elemental nos llevan solo a conclusiones problemáticas que están muy lejos de constituir un axioma; porque dentro de esas teorías caben de manera tan amplia la discusión y el exámen, que toda la existencia posible de un ser humano no sería bastante para llegar a establecer una tesis irrefutable. De modo, pues, que, muy lejos de mi ánimo la ridícula pretensión de aportar nada en el sentido de la solución, solo me propongo la realización de un modísimísimo ensayo, cuya tendencia principal es oír sobre él las observaciones a que dé lugar por parte del profesor de la materia y de mis compañeros de aula.

Con las limitaciones a que me he referido anteriormente, paso a estudiar el primer caso que me planteo:

¿Puede demostrarse en absoluto la existencia de la ley atávica?

Weissman, con su teoría de la continuidad del plasma geommativo, es el que más convence de la existencia del atavismo fisiológico y mental, porque la historia y la estadística así como las observaciones en la vida diaria, suministran abundancia de ejemplos comprobatorios no solamente en la existencia humana sino también en la de los animales.

• El organismo, dice Weissman, está constituido por
• dos clases de células; las somáticas que forman los
• diversos órganos del cuerpo y las reproductoras a
• cuyo cargo están las funciones de la reproducción;
• y con respecto a estas últimas agrega que no son
• empleados por entero en la reproducción, sino que
• una parte de ellas se deposita desde el principio en
• los órganos sexuales del ser que nace y queda re-
• servada a la trasmisión ulterior de los caracteres
• específicos a otra generación..

Comentando lo que antecede, el doctor Vaz Ferreira, dice, que ello llevó a Weissman a negar la herencia de los caracteres adquiridos, porque si la separación de la células fuera real, las células reproductoras y por consiguiente el producto no podrían ser modificados por los cambios que, en el transcurso de la vida del ser, afectan a las células somáticas. Esto es evidente, tratándose del producto inmediato. Sin embargo, en la formación de ciertas razas ovinas, bovinas y aun en las aves, se producen hechos que podrían hacer dudar de la teoría mencionada, si no fuera que; las modificaciones fisiológicas que llegan a fijar un Tipo, son el producto de la insistencia durante varias generaciones en la trasmisión de esas modificaciones que deben ser comunes en los dos sexos para mayor probabilidad en la trasmisión.

Pueden citarse como ejemplos, sin que ello importe establecer una regla general la obtención por los medios antedichos de vacas y ovejas sin guampas:

En las razas humanas, la afirmación de Weissman, en cuanto niega la herencia de los caracteres adquiridos, cobra mayor fuerza porque no es posible seleccionar los tipos, para los cruzamientos, que hayan sufrido modificaciones fisiológicas comunes a los dos sexos, y no pudiendo, por consiguiente, obtenerse la prueba en contrario, debe admitirse como una verdad la referida afirmación, o sea que, la función de las células somáticas, se limite a formar los diferentes órganos de una manera determinada y fija en cada especie.

El atavismo, en lo que se refiere a la parte psíquica resulta más claro, y su existencia de más fácil afirmación dentro de la teoría de Weissman, que sostiene la división del plasma germinativo formado por las células reproductoras, de las cuales una parte está destinada, a la trasmisión de los caracteres específicos de una generación a otra.

En efecto, la existencia de la herencia mental es considerada como indiscutible, siempre que generalizemos y no nos detengamos a examinar aisladamente ciertas condiciones peculiares de cada individuo. Así por ejemplo, un gran artista en pintura, transmitirá a sus descendientes la predisposición para el arte, sin que sea necesario, para probar la existencia de la herencia mental, que sus descendientes deban ser también grandes pintores; pues podrán destacarse en otras modalidades del arte, como la música, la escultura, la poesía etc., etc.

En el orden moral, la trasmisión de ciertos caracteres puede ser entorpecida por la educación que reciba el sujeto, o por la influencia del medio en que actúa, se agita o lucha, pero esta interrupción afecta generalmente a los descendientes inmediatos y una vez

desaparecidos esos factores surgen nuevamente los caracteres hereditarios en las generaciones subsiguientes. Así, conocemos hombres honrados, cuyos padres purgan su delito en una cárcel, y cuyos hijos o sus descendientes exteriorizan sentimientos criminales; alcoholistas, a cuyos hijos ha librado del vicio la influencia del medio en que se han criado o las inducciones de personas extrañas, pero que han engendrado a su vez descendientes con predisposición al vicio o al crimen; y finalmente merecen citarse como uno de los hechos más comprobatorios de la herencia mental, el que se refiere a las modalidades del carácter de cada individuo: la vehemencia o la apatía son condiciones cuya trasmisión hereditaria puede comprobarse en un alto porcentaje de seres humanos.

Pero donde más puede comprobarse la herencia psíquica, es en los seres irracionales, ajenos por completo a las influencias del ejemplo y de la educación. Un caso práctico irrefutable, lo encontramos en la raza canina, donde la bravura o la irascibilidad se transmite casi invariablemente de una generación a otra, así como las actitudes para determinadas funciones. Lo mismo ocurre en las razas equinas. Cito estas dos razas por ser las que están más en contacto con el hombre, y son por lo tanto las que más han podido observarse.

Como es natural, ninguna de las afirmaciones o conjeturas expuestas deben tomarse en un sentido absoluto, por cuanto, como he dicho al principio, se trata de problemas de tan difícil solución, que, los que recién nos iniciamos en ellos, nos limitamos a la mera suposición de la existencia de ciertos hechos que tomamos como base de estudio, para obtener sobre ellos la mayor aclaración posible.

HAROLDO RISSO SIENRA.

SECCIÓN MUSICAL

LA EMPRESA QUESADA Y GRASSI

Durante el año de 1920 se han destacado, entre los empresarios, los señores Quesada y Grassi.

Y con razón, pues, dichos señores nos hicieron conocer en espacio de poco tiempo, a los mejores concertistas mundiales.

Gracias a ellos, pudimos oír, este año, el arco inconfundible de Francisco Costa, al gran violoncelista Cassadó, una vez más a Rubinstein, y en fin, para terminar al genial pianista don Ricardo Viñes y a Ninón Vallin.

Merecen un aplauso sincero, los empresarios, que, como los señores Quesada y Grassi, sin mayores intenciones de lucro, han mantenido constantemente, despierto el interés por las cosas de arte y nos han brindado la primicia de gustar a geniales maestros como Costa y Viñes.

ARTISTAS ESPAÑOLES

Entre las muchas obras, que la compañía Guerrero y Díaz de Mendoza puso en escena debemos destacar, por la gran novedad que significa para nuestro ambiente: «El cartero del Rey» de Rabindranath Tagore.

El Cartero del Rey es una obra simple y sencilla, como la vida misma. Carece en absoluto de teatralidad, lo cual, es una suerte, en el Teatro.

Después de oír los versos declamatorios de Tirso de Molina, las palabras elementales de Rabindranath

Tagore, me parecieron ingenuidades de colegial ¡Que felicidad!

Pero qué profunda sencillez y que honda filosofía se desprende de esas escenas tan poco movidas, pero tan llenas de emoción.

El público hortera de aquella noche moldeado a las floridas cursilerías de Villaspesa y Marquina pontifices del lugar común, no pudo gustar una obra exenta de teatralidad y de oropel. La sencillez y la naturalidad de las escenas lo desconcertó.

Y las frases de honda y emotiva filosofía, fueron interpretadas como chistes de Muñoz Seca, por aquel respetable público.

El argumento del *Cartero del Rey* se reduce a lo siguiente: Un niño enfermo que espera una carta.

Que angustia, que ansiedad, que desesperación la de aquel que espera una carta y tarda en llegar. ¡Y sobre todo que esperanza!

Cuesta creer que un motivo tan sencillo, pueda servir para desarrollar dos actos y para mantener despierto el interés.

Y es que el interés está, en seguir al niño, a través de todas las expresiones emocionales que experimenta en el proceso de su enfermedad y en la ansiedad enorme de la espera.

Rabindranath Tagore que es un profundo psicólogo del alma infantil, ha querido darnos una severa lección y nos ha enseñado, que la felicidad no consiste en llegar a ser un sabio, sino en vivir vendiendo quesitos y en pregonarlos por las calles.

La compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, interpretó magistralmente la difícil obra de Tagore y al incluir en su repertorio *El Cartero del Rey*, realizó un verdadero *acierto*, artístico y agregó una nota original al conjunto de las obras representadas, que, dicho sea de paso, son desgraciadamente las mismas de siempre.

Y VA DE CUENTO ... por Jacinto Benavente

Me atrajo al Solís, la curiosidad de ver esta obra *«Dada»* de Don Jacinto Benavente.

Pero, la ingenuidad de *«Y va de Cuento»*, esté a

mucha distancia de la ingenuidad del *«Cartero del Rey»*. Benavente ha querido, esta vez, ser infantil, pero como en el fondo es un viejo excéntrico, disimulada bastante mal, su gravedad trascendental.

Hace un esfuerzo desesperado para distraer nuestra imaginación con cuentos de hadas y canciones infantiles, pero mezcla tan groseramente lo serio con lo grotesco, lo infantil con lo grave, que el niño, que ha concurrido al Teatro con el fin de ver una cosa amena, sale desconcertado.

Yo me he esforzado por mirar *«Y va de Cuento»* ... como un niño y confieso, que el niño que hay en mí, se ha desilusionado.

Sintetizando, es demasiado grave para los niños y demasiado infantil para las personas mayores.

Las mutaciones son demasiado rápidas. Los cuadros sucediéndose con una ligereza inusitada y con una variedad incoherente, nos dan una impresión de falsedad y de falta de realismo.

La decoración del último cuadro, parece una tarjeta postal, regalo de un hortera a su novia, en día domingo.

Sin embargo, *«Y va de Cuento»* forman parte de un género nuevo y original. El pájaro azul de Maeterlinck, debió haberle inspirado a Benavente, esta obra que quiere tener la frescura y espontaneidad de *«Fecrie»* del autor belga, pero que, en verdad, no lo consigue.

«Y va de Cuento» ... tiene más defectos que méritos. Hay escenas monótonas, desprovistas de interés, lánguidas. Suprimiendo muchos cuadros, casi diríamos todos, Benavente pudo haber hecho una obra más sobria y original.

El ingenio de Don Jacinto centellea en todas las escenas. Pero, que pálido resulta este ensayo al lado de una obra tan sencilla como *«El pájaro Azul»*.

La interpretación de la obra fué feliz y los actores dieron más relieve y más vida a las diversas escenas que se sucedían como en una cinta cinematográfica.

En una palabra, *«Y va de Cuento»* ... es una obra mala y de un gusto detestable.

EL ABANICO DE LADY WINDERMERE

por Oscar Wilde

Es el tipo de comedia fina. El ingenio sutil de Oscar Wilde, se prodiga en un diálogo costado de frases rápidas, intencionadas, llenas de múltiples sentidos.

Los personajes pertenecen a un medio aristocrático, que Wilde conoce a maravilla.

Con todas sus mortificantes debilidades, con todos sus vicios habituales, con su cinismo estudiado, que era el cinismo de Wilde, porque el parece pintarse a sí mismo, o en cada uno de sus personajes o por lo menos, a cada uno le contagia alguno de los vicios.

Exaspera un poco, verlos reaccionar y dialogar de una manera casi siempre sentenciosa.

•El abanico de Lady Windermere• es una pieza ingeniosa y como tal, tiene toda la falsedad del Teatro de Wilde.

La Compañía Guerrero-Díaz de Mendoza que acostumbra a llenar su repertorio con Echegaray, Marquina y Villaespesa, ha salido dos, esta vez, una nota de originalidad y de buen gusto incluyendo y poniendo en escena las dos obras mencionadas.

Nuestras felicitaciones a los distinguidos artistas españoles, que han sabido una vez más honrar a España, en una de las manifestaciones más bellas del espíritu.

RICARDO VIÑES

Una rápida entrevista con el maestro

A los muchos aciertos de la Empresa Quesada y Grassi, que se ha empeñado en hacernos conocer a los grandes intérpretes contemporáneos, debemos agregar, hoy, el de presentar conjuntamente a una gran intérprete de la música española Ninon Vallin y al pianista extraordinario que es don Ricardo Viñes.

Viñes es un enamorado del modernismo. Ha puesto toda la exhuberancia de su temperamento artístico en imponer ante el público a los nuevos, Ravel, Dukas, Falla y Chavarrí y Turina.

Hacer el elogio de Ricardo Viñes sería prolijo. La crítica lo ha consagrado como el más eminente pianista del mundo.

Chantavoine, Laloy, Ertel, Smolian, Georges, Sannazilh, le han prodigado los más grandes elogios y su nombre es universalmente conocido para que nosotros podamos agregar una palabra más, al caso de las grandes palabras.

Nuestro elogio, pues, tendrá solamente el valor relativo de ser inspirado en la sinceridad y en la emoción, que supo despertar en nosotros este hombre tan grande y tan chiquito.

En sus geniales interpretaciones, solo puede ser parangonado, con Rubinstein y a él se asemeja por lo meridional de su temperamento. A mí me gusta más que Rubinstein.

Ricardo Viñes es un hombre amable, nervioso, expresivo, tiene una voz dulce y agradable.

Hemos hablado de León Bloy y él ha recordado, con sumo placer, a aquel hombre, que fué gran amigo suyo, exasperado, violento, invencible, como se llamaba a sí mismo, que era en su interior bondadoso y cristiano.

Al hacerle notar, que él era uno de los pocos hombres, sobre quien León Bloy se había expresado en términos amables. Viñes sonreía.

Yo he conquistado, me dijo, una pequeña parte del alma de aquel hombre, inconquistable.

Y en verdad, un tomo de •Mon Journal• está dedicado a Ricardo Viñes.

Y al despedirme de Ricardo Viñes, he pensado que en este país, hacen falta muchos León Bloy, de estilo exasperado, intransigente y violento, para furtigar a •las mediocridades rampantes y pululantes• y he pensado que quizá hay uno entre nosotros y que no está tan lejos del autor de estas líneas.

SALOMÉ letra de Oscar Wilde, Música de Ricardo Strauss

La creación que hace Genoveva Vix en Salomé es tan genial, que basta por sí sola para mantener despierto el interés durante toda la obra.

Nos hace olvidar a la música que no se ajusta exactamente al pensamiento de Wilde, a la letra con caídas a lo trágico-cursi y al conjunto de las decoraciones demasiado cargado de oropel oriental.

Nos obliga a seguirla atentamente y como cautivado, a través de cada uno de sus movimientos.

El amor sensual — se transforma en su interpretación personalísima, en una especie de simbolismo de un amor más fuerte que la voluntad y que por lo tanto, no se le puede considerar desde un punto de vista demasiado material.

Hay algo en la interpretación de la Vix que sobrepasa a lo humano carnal y es la irresistible fatalidad de un amor extraordinariamente perverso.

En ese sentido la obra nos pareció moralizadora. En el arte, la moral está de más. Ni moralidad ni inmoralidad. Hoy, como decía Wilde, libros bien o mal escritos. Y en este caso, Salomé, fué bien interpretado y es todo lo que podemos decir de su moralidad.

La música no acabó de gustarnos. Tiene partes fáciles, con caídas a la opereta, a veces se ajusta al ritmo de la pasión de Salomé, en cambio, otras nos parece completamente desigual.

Crabé estuvo muy bien y la interpretación que hizo el barítono Rossi Morelli, en el papel de Iokanaan fué correctísima.

La Unión Ibero-Americana

Esta prestigiosa asociación de Madrid, cuyo nombre revela de por sí el alto ideal a que ella responde, acaba de obtener un señaladísimo triunfo con la celebración de la fiesta de la Raza, pues que nunca, en todas partes, como en el presente año han tenido más extraordinario brillo los festejos organizados para conmemorar aquella honrosa solemnidad, establecida por iniciativa de la referida «Unión».

Un testimonio que pone de manifiesto la gran transcendencia de rememorar el Doce de Octubre, lo da el hecho, digno de todo encomio, de que en muchos puntos los iniciadores de los festejos han sido elementos puramente nacionales.

El «Comité Pro Homenaje a España», constituido en Montevideo por uruguayos de reconocido mérito y al cual se debe, principalmente, el inusitado éxito de la fiesta de la Raza, es ejemplo que confirma nuestro decir y que debe recordarse con satisfacción siempre que se trate de actos que enaltezcan a la madre patria.

La «Unión Ibero-Americana» ve, pues, cumplidamente compensados los esfuerzos de su larga vida de propagandista de uno de los más bellos ideales de la civilización, y merecido lo tienen los patrióticos componentes de sus Juntas Directivas que, sin arredrarse jamás ante los obstáculos que presenta a menudo la implantación de una nueva idea, han bregado y bregan por la realización definitiva de sus elevados fines.

De la forma en que se ha respondido en Montevideo a la propaganda de la «Unión Ibero-Americana», da informe la lista de sus socios de Número que publicamos a continuación, en la que se advierte lo más

representativo de nuestra sociedad en su más dignas actividades.

He aquí dicha nómina:

Círculo de la Prensa, «Diario del Plata», «El Diario Español», «El Plata», «El País», «La Mañana», Club Español, Arcos Ferrand Ignacio, Escribano (uruguayo), Alvarez Lista Ramón, (doctor) uruguayo, Arteaga Telésforo, Araujo Agustín, Acosta y Lara Horacio, Ingeniero (uruguayo), Avariza y Arcos Carlos F. señores (uruguayo), Abella José, Compte Pedro, Crespo Manuel, Corralejo Teodoro, Canto Laureano, De María Pablo, doctor (uruguayo), Fontaina Pablo, Contador, Fon Juan, Fosatti Américo, doctor (uruguayo), García Conde José, Landós Leoncio, Gómez Juan A., (uruguayo), García Pablo, Helguera y Ortega Antonio, Helguera Francisco B., Horta Martín, Iriarte Hnos. y Bofill, señores, Inciarte Nicolás, Jubín Joaquín, López del Pan Domingo, Vice Cónsul Español, Montans Antonio, Mantrana Eusebio T., Martínez Nicolás, Miqueo Martín (uruguayo), Maruri Félix, Novoa Vicente, doctor, Portilla Juan, Piñera José, Ramos Zacarías, Ricetto Hijo Nicasio, (uruguayo), Rolando Juan F. (uruguayo), Director del Hotel de Emigrantes, Senra Manuel, Sanchez Mosquera Constantino, doctor, Segundo Juan José (uruguayo), Suárez José M., Vázquez Ramón S., doctor, Varela Radio Ramón, doctor, Velázquez y Cia. C., señores (uruguayo), Zabaleta Lorenzo, Casa de Galicia, Ateneo de Montevideo, doctor, Luis Valls y Valls, Aznárez Gregorio, Acosta y Lara Manuel, Berro Aquilino, Barcala Severino, Calveira Hnos., Campos Manuel, Carbonell y Manuel, Comás José, Centro Gallego, Fraga Manuel, Gambín Blanc Emilio, Iturregui Fernán, Llaguno Juan, Morató Mario, Medeiros Valentín, Nava Joaquín, Pereira y Fumega, Pou Orfilia Juan, doctor, Sagrera Juan, Picans Jacobo, Tanco Eusebio, Arcelus Víctor.

MESA DE REDACCIÓN

Hemos recibido:

Revistas. — «Nueva Era». — Buenos Aires, números 110, 111, 112. — «La Nota». — Buenos Aires, números 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269. — «Hebe». — Buenos Aires, número X. — «Nuestra América». — Buenos Aires. Año III, números 22, 23. — «Benvenuto Cellini». — «Siembra». — Valparaíso. — «Yamba». — Santiago. — «Claridad». — Órgano de la Federación de Estudiantes, número 2. — «Mireya». — Punta Arenas. Año II, número 7. — «Grecia». — Madrid. — «Boletín de la Unión Ibero-Americana». — Madrid. — «Renacimiento». — Santo Domingo, números 230, 231, 233, 234, 235. — «Boletín Municipal». — Montevideo. — «Pegaso». — Montevideo. Año 4, número 27. — «El Nacional». — San José. — «Pur Sang». — Montevideo. — «El Nacional». — «La Connaissance». — París. Año I, números, 7, 8 y 9.

Libros. — Laura Jorquera. — «Tirras Rojas». — Recuerdos del Mineral de Chuquicamata. Novela premiada en el Concurso Literario. — Elena Ortúzar de Elguín. — «Mi Patria». — Relaciones Históricas para niños. — Carlos Prendez Saldías. — «Paisajes del Corazón». — Poesías. Santiago de Chile. — Bartolomé Galíndez. — «La Venecia Dorada». — Poesías. Buenos Aires. — Renato Monestier. — «Anunciación». — Poesías. Talca. — Mercedes Cid Baeza. — «Lucrecia Durney». — Novela. Santiago. — Jorge Guillermo Legía. — «Lima en el siglo XVIII». — Lima, Perú. — Meza Fuentes. — «La Fiesta de la Primavera». — Santiago. — Knut Hamsun. — «Hambre» y «Pan». — Editorial Artigas. Montevideo. — Juana de Ibarbourou. — «El Cántaro Fresco».

Germán Roosen

Abogado

25 de Mayo, 428

Alfredo R. Giribaldi

Escribano

Estudio: Río Negro, 1418

Arturo Carbonell Debali

Abogado

Estudio: Rincón, 469

Eugenio J. Lagarmilla

Abogado

Estudio: 25 de Mayo, 487

Antonio María Pittaluga

Abogado

Estudio: Buenos Aires, 568

Lorenzo Vicens Thievent

Abogado

Estudio: Rincón, 508

Juan M. Azeves

Abogado

Estudio: Zabala, 1425

Teléfono 1118 (Cordón)

Pedro M. Marizcurrena

Abogado

Montevideo y Florida

Soriano, 1079 Tel. La Cooperativa 3405 (Central)

Héctor Alberto Gerona

Escribano

Estudio: Misiones 1430

Eugenio Petit Muñoz

Abogado

Estudio: Agraciada, 1924

Humberto Boggiano

Abogado

Juan Daquó

Escribano

Zabala, 1425 Tel. 3377 (Central)

Dr. Enrique Méndez

Oculista

Uruguay, 1223

Claudio A. Viera

Escribano Público

Estudio: Gonzalo Ramírez, 1819

Rafael Pereda

Abogado

Estudio: Durazno, 1481

Isaías Ximénez

Escribano

Estudio: Ituzaing., 1414

Pedro G. Tuboras

Escribano

Misiones, 1476